



OCIO ■ CULTURA ■ ESPECTÁCULOS ■ GENTE ■ ECOLOGÍA ■ TECNOLOGÍA ■ SALUD

## Entrevista: MARÍA ÁNGELES PÉREZ LÓPEZ / PREMIO NACIONAL DE LA CRÍTICA

# “Emociona formar parte de una nómina de poetas tan prodigiosa”

BEGOÑA F. ORIVE | SALAMANCA

CON “Incendio mineral”, la poeta y profesora de la Universidad de Salamanca María Ángeles Pérez López ha conquistado el Premio Nacional de la Crítica.

—Enhorabuena por el premio, que llegó en la antesala de las vacaciones. ¿Lo ha celebrado? ¿Qué ha supuesto para una poeta de largo recorrido?

—Gracias por la felicitación. Solo lo he podido celebrar en parte pero he recibido numerosas muestras de aprecio, así que supone la palabra “alegría”, en su inmensa estatura. Además, es un palabra que tiene el mismo número de letras que la palabra “gracias”, e imagino que no es casual. A la alegría se suma una gran emoción: es el premio de mayor prestigio que puede recibir un libro, un premio que concede de modo absolutamente independiente la Asociación Española de Críticos Literarios.

Formar parte de una nómina tan prodigiosa como la de quienes lo han recibido antes que yo me sobrecoge, en especial de aquellos poetas a los que vuelvo una y otra vez: Valente, Claudio Rodríguez, María Victoria Atencia, Julia Uceda, Juan Carlos Mestre, Chantal Maillard... No me he sobrepuesto aún y espero no hacerlo.

—¿Qué temas le ocupan como poeta en “Incendio mineral” (Vaso Roto)?

—El libro surgió al prestar atención a lo diminuto (hormigas, avispa, piedras, lombrices, ramas de avellano) y sentir que estamos unidos absolutamente a todo y a todos. A lo que ya nos sentíamos unidos porque es lo más próximo, como ocurre con mis padres, en este libro que es también un acto de amor hacia ellos, pero igualmente unidos a quienes están lejos, a quienes no consideramos parte del pronombre “nosotros”, así como también a lo animal, lo vegetal, lo mineral, todo lo inerte...

Porque nadie es suficiente en soledad. Porque el lenguaje es una experiencia mancomunada, como es mancomunado el sol. Esa verdad profunda (y la necesidad de defenderla) es el recorrido del libro. Y lo que

escribo está atravesado por la vida igual que mi vida está atravesada por lo que escribo. La aparente separación es solo aparente. El lenguaje es nuestro límite y nuestra posibilidad. Tomar conciencia de ello de un modo tan agudo como yo intenté es la propuesta que recorre el todo y sus pequeñas partes arrasándolo en el fuego. Un fuego que termina reclamando la total combustión del amor.

—¿Hay mucho de investigación de la forma y la sustancia de las cosas en su obra, como ha dicho Eduardo Moga?

—Me preocupa mucho investigar sobre las formas porque las formas son el fondo, como el fondo solo encuentra su modo de ser

“Ser jurado del Premio Cervantes y del Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana son tareas de gran responsabilidad, que preparo al máximo”

en la forma. Esas parejas que imaginamos enfrentadas no lo están en realidad: decir y hacer se cruzan permanentemente, como también “lo” que digo es “cómo” lo digo. Cada tilde resulta imprescindible. Lo tiene que ser también mi conciencia del mundo

de y de los demás, y a veces supura como una herida de lenguaje. Conciencia para decir y hacer, para estar y ser. La luz de quien apenas atisba sino una estela de claridad y la sigue hasta lo más hondo, eso intento.

—¿Desde cuándo lee poesía? ¿Hubo algún poeta que forjara su deseo de escribir?

—La adolescencia fue el descubrimiento. A partir de ahí, se han sucedido voces y libros que me han transformado. ¿No es eso un gran libro, un desplazamiento de placas tectónicas que percibimos en la superficie de nuestra piel? La mía está tatuada con muchos versos, son mi modo de orar ante la devastación de las guerras, el drama de los refugiados (todos los refugiados), la pobreza, la injusticia, el ecocidio. Son mi modo de nombrar la convicción de que la poesía nos sostiene, entrega su llama en medio de las sombras.

—Vallisoletana afincada en Salamanca ¿qué le aportan la ciudad y su universidad?

—Me siento casi salmantina. Vine con 11 años, así que pertenezco de modo profundo a estas calles, sus rincones, sus lugares y hace años elegí mi lugar favorito: la Casa Lis.



La poeta María Ángeles Pérez López, en el Palacio de Anaya con “Incendio mineral”. | GUZÓN

Son tantos los recuerdos que alcanzarían ya para varias vidas. Titulé una recopilación de poemas en la Diputación de Salamanca “Catorce vidas (y una más)” justamente por eso... En esas vidas (las que sean), la Universidad me permitió tomar conciencia de la importancia de la literatura y de la proyección profesional y vital que podía llegar a alcanzar.

He tenido grandes profesores y a mi lado hay colegas admirables de los que aprendo cada día. También alumnos inquietos que ponen en cuestión muchas de las cosas que creía conocer y de los que aprendo cada día. Ellos vienen de muchos lugares distintos, me recuerdan que el poeta es extranjero en su propia lengua; así al menos me siento yo con respecto a nuestra lengua. Por eso en mí está también la infancia vallisoletana de otras calles y otros parques, la montaña palentina de los abuelos, la vocación americana que me ha llevado y me lleva a viajar; el aquí en el día a día de mi marido y mis hijos, ellos tres salmantinos... Nos rodean muchas geografías aunque solo veamos la piel más externa, la epidermis del mundo.

—Ha sido jurado del Premio Cervantes y del Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana.

—En el caso del Cervantes fue por designación directa, y en el del Reina Sofía, por ser profesora del Departamento de Literatura Española e Hispanoamericana. Son tareas de gran responsabilidad que preparo al máximo, a veces enormemente difíciles. Lo que es muy gratificante es la alegría por el reconocimiento a obras muy valiosas, que han transformado la vida de tantos lectores. El resto es a veces complejo y desde luego,

muy diferente de un caso a otro.

—Es miembro correspondiente de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, miembro de la Academia de Juglares de Fontiveros e hija adoptiva del pueblo natal de San Juan de la Cruz.

—Son reconocimientos que implican también hermosas e importantes responsabilidades, tanto por mi condición de profesora como de poeta. A veces ambas se unen y eso multiplica la palabra alegría. Lo que hace grande a cada una de esas instituciones son los proyectos que han ido asumiendo, su capacidad para transformar los lugares en que están entretejidas. Ese telar compartido es lo que de verdad me resulta relevante.

Por eso me importa especialmente ser parte de la asociación Genialogías, una asociación cultural sin ánimo de lucro volcada en reconocer el legado de las poetas: con ellas los mapas que transitamos son mucho más plenos.

—Juan Antonio González Iglesias también fue Premio Nacional de la Crítica en 2020. ¿Es casualidad?

—No. Salamanca tiene una intensa relación con la poesía: San Juan de la Cruz fue alumno de la Universidad cuatro años. Su presencia es fuertemente imantadora, a mí me cambió la vida cuando lo descubrí gracias a una maravillosa profesora de bachillerato. Y en épocas recientes, nombres inmensos como Anibal Núñez o José Miguel Ullán acrecientan una percepción a la que quiero aferrarme: esta ciudad tan bella que a veces parece irreal ha de reconocerse en sus poetas para conocerse mejor a sí misma.